

TEATRO

Por José Luis IBÁÑEZ

LA GAVIOTA

“**L**AS PIEZAS de Chéjov no revelan de primera impresión todo su significado poético... No pocas veces el primer contacto con ellas llega a desilusionar. Parece que después no hay nada que pueda relatarse... Pero, cosa rara, cuanto más libertad y rienda suelta se da al recuerdo, tanto mayores son las ganas que se sienten de pensar en la pieza... Se vuelve a leer, y se advierte que... Chéjov es inagotable... que sus piezas rebasan acción y movimiento, no en lo exterior, sino en su desenvolvimiento interno. En la misma indolencia (diríase inactividad) de los personajes creados por él, late una complicadísima vida interior.”

“Los espectadores comunes pasan insensiblemente de un estado de ánimo a otro... hacia un lugar desconocido. Y al experimentar, al vivir cada uno de esos estados por separado, uno se siente en la tierra, en medio de la espesura de la pequeña vida cotidiana, con el alma colmada de una gran ansiedad que busca salida.”

Por ejemplo:

Un joven, desesperadamente enamorado, deposita a los pies de su amada, así no más, sin sentido alguno, por no tener nada que hacer, una hermosa gaviota blanca que acaba de matar. Otro personaje repite y repite la misma frase durante toda la pieza. Súbita, inesperadamente, una madre frívola y pedante insulta con vulgaridad y violencia a su hijo, que es un soñador, un idealista. Y al final, se oyen las gotas de la lluvia contra los cristales, hay viento, silencio después; un grupo de amigos juega a la lotería; se oye un vals de Chopin. “Un poco más tarde, un disparo... y la vida se acabó.”

Estos comentarios sobre el teatro chejoviano (sobra señalar que son de su más profundo conocedor y propagandista: Stanislavsky), bastan para llamar la atención sobre los principales problemas que surgen al interpretarlo y representarlo en escena, y que no fueron solucionados adecuadamente por el grupo Teatro Club en su producción de *La gaviota*.

Rafael López, director de escena en esta ocasión, permite imaginar que su acercamiento al texto ha sido cuidadoso. Los actores, también. Pero la consecuencia de esta labor conjunta no es satisfactoria.

A mi juicio, la gran equivocación del grupo en cuanto a *La gaviota*, es haber escogido un escenario circular para representarla. Por ahí han empezado a desaparecer los innumerables detalles en que se apoya la estructura de la pieza. Un espacio tan limitado, hace forzosa la economía de recursos en la escenografía y conduce

a que el público no pueda diferenciar fácilmente los lugares en que está ocurriendo la acción, y que en *La gaviota* deben quedar definidos con toda claridad.

La dirección misma no logró establecer el *tempo* que requiere el teatro de Chéjov, aunque evidentemente se haya preocupado por hacerlo. Lo que vemos y oímos es una fallida lucha del director y de los actores por darle a la indolencia, a la inmovilidad, al desgano, a la lentitud y a la melancolía de los personajes chejovianos, así como a la anti-velocidad de su vida, un valor dramático que estremezca y conmueva al espectador como a ese director y a esos actores les ha estremecido y conmovido la lectura de la pieza.

Los integrantes del grupo no han logrado transmitir al público, en su versión de *La gaviota*, todo lo que el texto les habrá permitido experimentar e imaginar.

Así, quedamos frente a una representación mejor concebida que ejecutada, y que más que a la penetración del universo al que intentan animar, conduce a la indiferencia o al desconcierto del espectador.

En todas las grandes obras de teatro siempre hay algo más que las palabras. En *La gaviota*, como en todas las piezas de Chéjov, las palabras conducen paulatina y suavemente al silencio, que de pronto se vuelve más elocuente y expresivo que las palabras mismas. Los personajes hablan y se esconden tras las palabras; cuando nadie lo espera callan, y al enmudecer descubren toda su verdad. Una mirada, en el teatro chejoviano, puede llevar al espectador hasta lo más profundo del alma humana y precipitarlo en ella sin remedio y sin escapatoria. El movimiento, la actividad, el discurso, son disfraces. Cuando dejan de recurrir a ellos, la vida interior de los personajes se ilumina y deja de ser secreta. Un momento de luz, y el teatro de Chéjov nos habrá introducido en el alma de los hombres.

Si falta esa luz, como en *La gaviota* que ha realizado el Teatro Club, el espectador se pregunta por qué se dicen y suceden tantas incoherencias en la escena. Y cuando el joven enamorado se pega un tiro, no comprende por qué allí, donde parece que no ha sucedido nada al cabo de dos horas que han podido ser dos años, la vida se acaba de pronto durante un juego de lotería.

A la compañía Teatro Club le han faltado, en su versión de *La gaviota*, los detalles más reveladores que acaban por traer esa luz de la que hablaba, y sin ellos ¡cuántas frases se desvanecen!, ¡cuántos pensamientos pasan inadvertidos al espectador! Los personajes de *La gaviota* dicen que sufren, y actúan como si eso



Héctor Ortega



La gaviota de Chéjov

no fuera cierto. La versión escénica a que nos referimos no logra transmitirnos el por qué ni el cómo.

Emma Teresa Armendáriz desempeña el papel de Nina, *La gaviota*, transmitiendo el optimismo que la domina al principio, la melancolía después y el sufrimiento y la derrota que la atormentan finalmente. De esos estados de ánimo, Emma Teresa ha partido para penetrar en su personaje y vivirlo con notorio apasionamiento; pero sus medios de expresión no le obedecen para lograr que el público penetre en Nina tanto como debiera y la actriz quisiera. Exteriormente, Emma Teresa no llega a ejecutar toda esa justa variedad de gestos, ademanes, miradas, etcétera, que la ilusoria presencia de un personaje teatral requiere. Por otra parte, debe corregir su especial manera de pronunciar y su deficiente articulación.

Jorge del Campo recurre preferentemente a su voz y a su rostro, y no a todo su cuerpo para darnos a conocer a Treplev. La discreción de sus movimientos contribuye mejor a darle una dignidad a su persona, que a completar el personaje que suena en su voz e imaginamos por su rostro. Más consciente de esa voz que de otras facultades, aprovecha aquélla, y a éstas solamente las vigila para que no le estorben.

Claudio Brook, cuya apariencia corresponde espontáneamente a la supuesta para Trigorin, casi no hace sino prestarla y no más. Repite sus parlamentos, hace algunos gestos lógicos y pasa por la representación. No se nota que haya preparado con esmero uno de los personajes más interesantes y sobresalientes de la pieza.

Carmen Sagredo, con menos edad que la que tiene la señora Arkadina que ella interpreta, no se cuidó de los perjuicios que le causa esta circunstancia (que la edad del actor Jorge del Campo subraya doblemente, y que la disposición del es-

cenario circular no permite ocultarle al público con facilidad). Carmen Sagredo actúa el nerviosismo, la irritabilidad, los exabruptos y la pedantería de Arkadina, en la manera tradicional que se observa comúnmente en los escenarios. Es, a mi juicio, una actriz cuyas facultades reclaman el uso contrario, y en esta ocasión ha igualado lo convencional de las reacciones de la actriz Arkadina, con el modo convencional en que ella, la actriz Sagredo, las ha representado.

Entre los demás hay que señalar:

I. Los anticuados recursos de Edmundo Barbero y su torpeza al no ajustarse al tono y estilo de sus compañeros.

II. La convincente "caracterización externa" de María Rubio y Miguel Suárez (desorientados, en cambio, en el desempeño de sus papeles).

III. El acierto de Jorge Mateos en su composición de Medvedenko, que resulta la más próxima a fundirse con el texto.

Del resto del reparto, Eugenia Avenadoño se aleja cada vez más de Mascha, mientras que Roberto Gálvez, Guillermo Martínez y Esther Hernández entran, estorban, balbucean y salen sin haber advertido lo que han hecho.

Queda por juzgar la escenografía de Julio Prieto, que es el más prestigiado de los escenógrafos mexicanos y el que (a mi juicio) se equivoca con más frecuencia. Para *La gaviota* ha sugerido los decorados necesarios, en función del Teatro del Granero, reduciéndolos a su mínima y paupérrima expresión; ha descuidado notoriamente el uso del color (que pudo haber vencido las limitaciones del cruel escenario circular si la imaginación hubiese intervenido); ha colocado unos muebles de una pobreza teatral en verdad lamentable; y ha construido unas ventanas y unas puertas tan endeble que se estremecen con sólo tocarlas y atrapan la mirada del espectador hasta que puede cerciorarse de que no se van

a caer por su propio peso. En suma, ha despojado a la obra de su ambiente físico. No ha correspondido a su prestigio.

PANTOMIMAS

Pocos días después de estrenada su versión de *Las sillas*, Alexandro presentó un programa de pantomimas que incluye algunas de las más clásicas, en combinación con una sucesión de pantomimas de manos y un mimodrama original suyo titulado *La máquina de oro*, que ha venido alternando con las representaciones de la obra teatral ya mencionada.

En la primera parte del espectáculo, los alumnos de Alexandro ejecutan varias pantomimas que Marcel Marceau nos dio a conocer en su visita del año pasado y con las cuales se hacen burlas y caricaturas de algunos aspectos de la vida moderna. El más destacado discípulo es, sin duda, Héctor Ortega, que en su intervención del *Prestdigitador* da nuevas pruebas de su talento para el teatro, y en este caso particular, de sus aptitudes como mimo. En la segunda parte, las solas manos del grupo prosiguen las caricaturas con verdadera gracia e ingenio. Finalmente, *La máquina de oro* constituye el espectáculo más interesante del momento, con su derroche imaginativo, plasticidad y pureza teatral. *La máquina de oro* es, sobre todo, un gran juego de imaginación, algo que pocas veces vemos en México.

A la extraordinaria calidad del espectáculo contribuye el bailarín Guillermo Arriaga, interviniendo como protagonista del mimodrama y alcanzando momentos espléndidos.

Con plena conciencia de lo que en el teatro puede lograrse con los elementos más sencillos y simples, y valiéndose de su capacidad inventiva, Alexandro ha empezado a mostrar los beneficios de su labor en México.